

De culpables, responsables y absueltos
GERMÁN DEHESA

Antecedentes penales

A Gustavo Díaz Ordaz los jóvenes lo abominábamos; pero un buen sector de los adultos alababan su patriotismo, reciedumbre y mano dura (para desgracia de este país, nunca han faltado estos ruquitos como de los Muppets que confunden represión con energía). Luis Echeverría maniobró con más habilidad y, aunque logró quedar mal con todos, acabó tramitando una benévola absolución histórica y social con cargo a su supuesta (y festejada) indigencia neuronal y a su muy respetable condición de legítima supervivencia del folclor nacional. Creo recordar que, hacia finales de su sexenio, toda la ira nacional estaba concentrada en un solo objetivo: que se fuera. Vino luego don José López Portillo que tuvo el arranque sexenal más lucido que a mí me ha tocado contemplar. ¡Este sí es Presidente!... ¡Qué discursazo se aventó!... ¡Qué personalidad de hombre! (este comentario coma a cargo del sector femenino que encontró en don Pepe al Quetzalcóatl erótico que andaban buscando). La sociedad mexicana se aprestaba a recuperar sus "pesos fuertes", a viajar a Caparoso con y piano y a "administrar la abundancia". "Great expectations" diría Dickens. Tan grande era la ilusión que tolerábamos mansamente la creciente invasión de guaruras, las historias cada vez más sórdidas del Negro Durazo y las anécdotas (dignas de la "Familia Burrón") de los desfiguros nacionales e internacionales de la familia real. ¡ Un momento señores! no se vayan: quiero queme vean montar. Así le dijo JLP a los periodistas y éstos tuvieron que contemplar los alardes ecuestres de don Pepe trepado en un cuaco llamado "Arrupe" y hacer la correspondiente y elogiosa crónica. Todo era felicidad y auge petrolero; pero, como en toda novela de Dickens, las cosas terminaron mal. Los norteamericanos apretaron unas cuantas tuercas y el mundo literalmente se nos vino encima. El último informe tendría que haber sido en Gayosso: don Pepe lloró y golpeó el pódium; Miguel de la Madrid, presidente electo, aplaudió con cara de terror una nacionalización bancaria que ostensiblemente le caía en los purititos callos. La tarea de All Guá Guá y sus 40 ladrones estaba consumada y la crisis (que los malos mexicanos — por el simple hecho de que se quedan en la miseria, sin futuro, sin trabajo y sin comida— miran siempre como una desgracia y que los buenos mexicanos —los que tienen información privilegiada, divisas en el extranjero y compadres en los altos círculos— contemplan intrépidamente como una oportunidad) estaba una vez más entre nosotros. Este es el verdadero milagro mexicano; en otros lugares del mundo, crisis significa el paroxismo necesariamente de corta duración de un proceso de deterioro. S610 los mexicanos hemos conseguido que la crisis sea un modo permanente de vida, apenas con breves estancias en las regiones de la ilusión, o del inminente ingreso al primer mundo. Don Pepe se fue a su colina, Burgoa intentó una demanda, la Procuraduría le dio carpetazo, algunos ciudadanos ladraban débilmente al paso del otrora jinete y aquí no ha pasado nada. ¡No nos desgastemos en rencores estériles! ¡Las tareas de renovación moral y de austeridad económica solicitan toda nuestra atención y todas nuestras fuerzas! Esas eran las consignas del neblinoso sexenio de Miguel de la Madrid. La crisis vivía entre nosotros y nosotros aprendimos a vivir con ella como se vive con esas tías de Michoacán que llegan para quedarse unos días y que de pronto ya son parte del activo fijo de la casa. Fue un sexenio en tono menor, en deuda bemol yen inflación mayor. La imaginación colectiva no

encontraba mejores destinatarios para sus reclamos que: la inveterada perfidia norteamericana; la falta de previsión de algunos gobernantes que sólo podían ser acusados de tontos, o de frívolos, pero jamás de falta de patriotismo. Dos o tres funcionarios menores eran encarcelados y ahí se disipaba todo. A los ciudadanos comunes no se nos ocurría pensar en fallas estructurales, o en un sistema cada vez más ineficiente por improvisado y por corrupto. Tantas décadas de paz social (?) avalaban a la gran familia revolucionaria. Papá gobierno hacía su mejores fuerza para que la madre patria tuviera para el gasto. De pronto, los norteamericanos (que siempre nos han odiado) denunciaban tal o cual enriquecimiento escandaloso; tal o cual complicidad con el narco; tal o cual fraude. Las muy eficientes y patrióticas "direcciones de comunicación social" se encargaban de poner en su lugar a estos enemigos de México. De hecho, conseguir la plena identificación del sistema con la patria fue (y sigue siendo) uno de los máximos logros de nuestros "comunicadores". Lo que le hagas al sistema se lo estás haciendo a tu país; si dices que el sistema es malo, estás insultando a tu patria. El punto de quiebre fue quizá el temblor del 85. El sistema se metió abajo de su escritorio y súbitamente la sociedad se supo huérfana; huérfana y perfectamente capaz de rascarse con sus uñas. Salimos a la calle, nos encontramos con nosotros mismos y descubrimos que tal encuentro era gratisimo. San Juanico y el terremoto nos hicieron comprender que el gobierno no era tan buen papá; que ni siquiera era papá y que maldita la falta que nos hacía un papá. Vinieron las elecciones del 88.

Y ahora con ustedes: ¡El Presente!

Me da mucha pena, pero todavía no tengo información confiable acerca de su resultado. Me dicen que Manuel Bartlett es el que saben bien. En lo oscurito (que es el territorio predilecto del quehacer político mexicano) Camacho realizó una intensa labor y así, un buen día nos avisaron que Carlos Salinas era el presidente. Aquí comenzó a desarrollarse otra maravillosa aportación mexicana a la ciencia política: la legitimación a posteriori (no te fijes cómo vengo; lo bueno es que ya llegué). Comenzamos con el quinazo, seguimos con la implacable persecución y satanización del PRD y, en particular de Cuauhtémoc Cárdenas (los muertos se acumulaban; pero eran perredistas) y con "la Lucha frontal contra la inflación". ¡Qué pantalones tiene Salinas!... ¡Este sí es Presidente!... ¡Ahora sí la vamos a hacer y en grande! Los ricos se hicieron riquísimos y para los pobres que persistían en su necesidad de ser pobres (como dijo Luis Pazos: cuando llegó Salinas, los pobres ya estaban ahí) se creó ese disfrazado pañito paternalista llamado Solidaridad que se anunciaba por la televisión como si fuera "el sabor de la noche" o "la prueba del anejo". Un año para hacerse del poder y cuatro para ejercerlo del modo más desaforado, primitivo y absoluto. Hoy nos preguntamos: ¿cómo le hizo? A esta pregunta tendría que seguir otra: ¿cómo le hicimos nosotros para dejamos? Aventuro que muchos mexicanos se dejaron (nos dejamos) porque se veía tal seguridad, tal convicción, tal firmeza, tal hiperactividad (junto a Salinas, Echeverría era un abúlico profundo), tanto "prestigio internacional", tanto éxito en la lucha contra la inflación y tan grandes logros en la macroeconomía, que pensamos que nuestro pleno ingreso a la condición de ciudadanos, podía posponerse una vez más. En esos momentos de auge salinista, la gran mayoría de los mexicanos ignoraba que el solidísimo proyecto macroeconómico era enormemente frágil y tenía activada en su centro mismo una bomba de tiempo. ¿Fue culpable nuestra ignorancia? Yo diría que hasta cierto punto. No

menospreciemos los enormes poderes del aparato de desinformación y de propaganda (la cosmética de la verdad) que el Estado tiene a su servicio. Todo esto se fue derrumbando a lo largo de 1994. El tejido social dio de sí y la otrora unánime familia revolucionaria (penetrada sin duda por el narco) entró a un juego de violencia y de vendettas que minaron gravemente el proyecto económico. In-eficiencia, frivolidad, parálisis, compromisos, egolatrías, corrupción, falta de patriotismo, urgencia de sostener la fachada; todo esto y mucho más salió a flote en 1994. La sociedad mexicana parecía aprestarse a un cambio definitivo. Muchos pensamos que éste se daría en las urnas el 21 de agosto. No fue así. El circunstancial candidato del PRI obtuvo un triunfo arrasador. El anunciado choque de trenes no ocurrió. Zedillo tomó posesión el 1° de diciembre y el régimen salinista salía aparentemente bien librado. El 20 de diciembre ocurrió algo mucho más insólito y mucho más grave que el choque de trenes; ocurrió el espantable caso del tren que chocó con sí mismo. Desde entonces y hasta hoy: la desconfianza, las quejas tardías, los lloriqueos del gran capital, la extraña urgencia norteamericana por salvarnos, las vagas explicaciones oficiales, la renuncia de Serra Puche, un secretario de Educación francamente mal educado, la pro-clama oficial de que no hay que buscar culpables y que nos debemos aprestar al sacrificio.

¿Hay futuro?

Supongo que sí. Necesito que lo haya. Ni modo que me lleve a mis hijos a Bolivia. ¿Cómo le hago para colaborar a la existencia de ese futuro? Imaginándolo, exigiéndolo, comprometiéndome con el proceso democrático y tomándole la palabra a Zedillo que acaba de decirnos: ¡la democracia ya! Órale; le entramos. Como soy mexicano y no he vivido la democracia, la puedo imaginar. Puesto a ello, me imagino que la democracia implica información confiable y amplia sobre todos los asuntos nacionales; implica no negociar la soberanía a nuestras espaldas; implica, claro está, una reforma electoral definitiva; pero también incluye el participativo replanteamiento de nuestro proyecto económico, e incluye, por fuerza, la justicia. Dentro de este último rubro es necesario deslindar a fondo responsabilidades con respecto a la crisis. Si no escudriñamos a fondo ¿qué pasó y cómo pasó y quiénes metieron la mano? no tenemos instrumentos para prevenir una nueva crisis. Yo no quiero cadalsos, ni que rueden cabezas; pero me niego a que me señalen como mal mexicano porque exijo explicaciones, porque me niego a las absoluciones fáciles y porque ya es tiempo de que le veamos la cara a los responsables. Ellos nos la han visto a nosotros durante tantos años...